

Arquitectura, gobernantes y cosmología

Anotaciones sobre ideología maya en los cuadernos de Oxkintok

Miguel RIVERA DORADO
Universidad Complutense de Madrid

ABSTRACT

In this paper I want to interpret the implications of the structuring identity between the Maya cities and the Maya cosmos. I assume that in the case of ancient Maya culture the political institutions developed legitimation strategies on the urban designs bases, a model strongly supported by the king figure. On the level of interactive systems, we can explain perhaps the constantly renewed attempts on the part of power institutions to project their functions in buildings and city management as a necessary adaptation at changing the external world. I discuss this pattern with recently excavated information of the Yucatecan Oxkintok.

Key words: Archaeology, religion, maya area, mesoamerican cosmology, Oxkintok.

Palabras clave: Arqueología, religión, área maya, cosmología mesoamericana, Oxkintok.

Las investigaciones recientes que he llevado a cabo sobre la organización política del espacio urbano en el sitio de Oxkintok (*cf.* Rivera 1991 y 1993a) han venido a confirmar viejas intuiciones que apreciaban como segura la confluencia del sistema de creencias maya del período Clásico con la estruc-

tura de poder, expresada principalmente en la disposición de las construcciones en las ciudades. El rey, ubicado en el pináculo de la jerarquía, era la figura que focalizaba toda la doctrina y las actividades emanadas de esa fusión: era un ser considerado divino y descendiente de dioses, su imagen y su acción eran fundamentales en las más importantes manifestaciones religiosas, su naturaleza se proyectaba constantemente al marco cosmológico, sus títulos y atributos tenían claras resonancias sacras, su biografía entroncaba con el pensamiento religioso, las ideas legitimadoras de la autoridad real eran equivalentes a las ideas legitimadoras del papel de los dioses en el concierto universal, sus funciones sacerdotales eran necesarias en todos aquellos rituales en que se ponía en juego la conservación del mundo, la armonía cósmica y la renovación de la vida.

La teoría religiosa oficial de los reinos mayas propugnaba la noción de que el orden social era reflejo del orden general del universo, y de ahí la importancia del calendario, donde se manifestaban las fuerzas cósmicas que eran la medida del destino de las comunidades y los individuos. En tal representación la personalidad del máximo gobernante era similar a la del sol, es decir, el lugar que ocupaba era central y su comportamiento daba origen al tiempo y al espacio —o sea, al equilibrio cósmico, al movimiento, a la sucesión de las estaciones—, por lo que era visto como el arquitecto de la realidad y el responsable de su mantenimiento. La veneración a los dioses cosmológicos quedó pues homologada muy tempranamente, cuando los estados mayas se constituyeron en monarquías divinas hereditarias, con el culto a los reyes; es más, los mismos dioses cosmológicos fueron asimilados a los antepasados fundadores de los grupos humanos, de los que descendía en línea directa el linaje real y cuyo pariente más próximo era el propio rey. Desde ese momento, la religión maya giró en torno al culto a los antepasados, expresado de manera destacada en la devoción y reverencia a la figura del rey y a sus parientes cercanos; puede decirse que el gobernante era el dios principal de los mayas porque en verdad asumía las competencias que en otros sistemas sociales corresponden a las distintas potencias numinosas. Los templos de los dioses fueron sobre todo en el Mayab los santuarios conmemorativos de los antepasados de los linajes reinantes y las pirámides-montaña de carácter funerario en donde se enterraba a los señores y a los nobles. Y cuando se vislumbran imágenes de otras divinidades, existe casi siempre la seguridad de que se trata de fuerzas estrechamente vinculadas al significado de las tareas del gobierno o de personajes con los que el rey se identifica por una u otra razón; es decir, que nunca se perciben unos símbolos religiosos carentes de valor político, que la religión maya antigua es literalmente una religión de estado, y que los señores utilizan y manipulan esa forma religiosa compleja

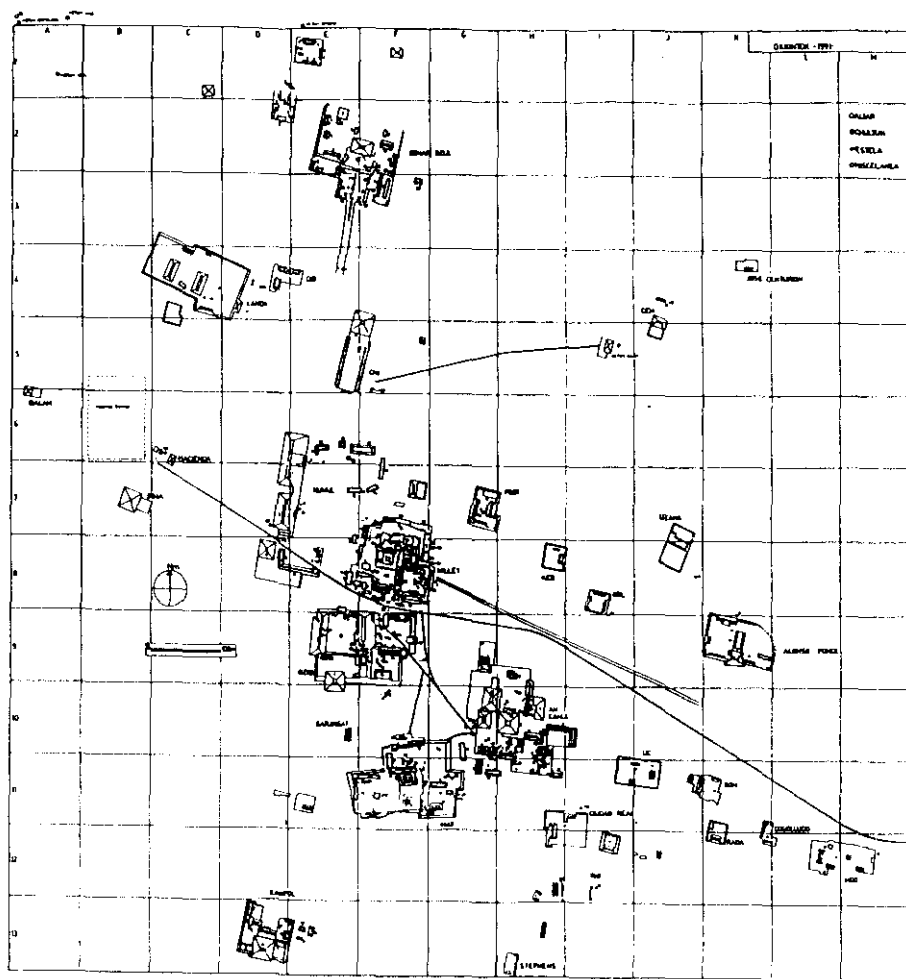


FIGURA 1.—Mapa de Oxkintok.

como instrumento de su poder, mejor dicho, funden en ella sus identidades y sus funciones. No se trata, sin embargo, de un sistema teocrático, porque no es la inspiración religiosa la que invade el quehacer político, sino justamente lo contrario, la acción política la que se apropia de las ideas, las metáforas, los mitos, los iconos y la puesta en escena de la religión, la que se introduce en las doctrinas que explican el mundo para teñir esas explicaciones de ideología política, desvirtuando los fines últimos de ese sistema de pensamiento —cuya parte *folk* todavía pervive en el área maya— que es acaparado por las justificaciones de la realeza y de la estructura de poder.

El poder, los sistemas de poder, la capacidad y el ejercicio del poder, se han simbolizado de muy diversas maneras a lo largo de los siglos. Frecuentemente ha sido por medio de la lengua y la escritura, a través de las normas suntuarias, de los atuendos rituales, las comidas y los comportamientos protocolarios. Pero tal vez el símbolo que se erige en culminación perfecta de la grandeza y majestad de los poderosos es el arquitectónico, según parece patente en numerosas civilizaciones arcaicas de todos los continentes. Me gustaría, pues, poner de manifiesto la importancia de los símbolos arquitectónicos para la investigación de las relaciones de poder, es decir, de las situaciones relativas de rango, de jerarquía, de sumisión y dominación, y de sus justificaciones ideológicas.

Una primera cuestión es que las unidades arquitectónicas o grupos arqueológicos —que son agrupaciones intencionales de edificios y otros elementos culturales que se distinguen entre sí y cuentan con límites claros y bien definidos— pueden ser entendidos como algo lejanamente semejante a las *parcialidades* de la época colonial, en las que se ha reconocido un cierto ascendiente prehispánico: pseudociudades dentro de las ciudades, con su organización interna y un gobernador o jefe, con sus santos/dioses patronos y sus cultos particulares. La jerarquía existente entre las *parcialidades* coloniales puede reflejar la que había entre los grupos urbanos de las ciudades precolombinas, y quizá incluso la naturaleza del tejido que vinculaba a diferentes ciudades entre sí en una entidad política y territorial concreta, al igual que sus fórmulas de integración en unidades mayores pueden ser un vestigio más o menos deformado de las que funcionaron en el pasado.

Por otro lado, tomando como base la idea de que la unidad territorial mayor prehispánica poseía un conjunto de dioses asimilados a los grupos sociales, por ende a los asentamientos donde esos grupos sociales se localizaban, y que precisamente por razón de ese nexo, ya que los grupos sociales estaban ordenados jerárquicamente, las propias deidades se estratificaban siguiendo la escala del prestigio y del poder de los linajes y los clanes, es posible concluir que las fronteras de las subsecuentes unidades espaciales deben hallarse donde cambien los objetos de veneración y sus particulares expresiones plásticas, y que, en una u otra medida, la mayoría de las agrupaciones sociales de inferior jerarquía deben participar en el culto de los dioses característicos de las agrupaciones de superior jerarquía, dada la representatividad universal que es necesario atribuir en las colectividades centralizadas —y sometidas a poderes despóticos— a sus máximos gobernantes y a los dioses que los respaldan políticamente. Es decir, que todo grupo social maya —preferentemente si era emparentado y corporativo, a mi modo de ver— gozaba de cultos autónomos conectados con la figura del antepasado fundador, pero que

los dioses patronos de los linajes de más alto rango eran también objeto de veneración por el resto de las unidades, pues constituían la esencia de la «religión de estado» y su reconocimiento ideológico y litúrgico implicaba automáticamente el reconocimiento político de las minorías que detentaban el poder.

La ciudad antigua es arquitectura combinada armónicamente en el espacio. Pero en las civilizaciones arqueológicas el espacio que el hombre vivo ocupa es inseparable de la extensión del universo todo. Y ese universo no es un agregado de partes, sino la reiteración en sucesivas secciones especializadas de ciertos modelos de organización. Partiendo de las unidades sociales celulares se proyecta su orden en los distintos niveles de organización cosmológica, dando a esos nuevos modelos el valor simbólico y el aspecto formal adecuados. Más tarde, los arquetipos organizativos (que podemos llamar también estructurales) de los ámbitos del cosmos privilegiados ideológicamente —los que sirven para legitimar o explicar el sistema de poder o las relaciones sociales en su conjunto— se proyectan a su vez sobre la estructura social conformándola y determinándola.

En Mesoamérica, y de manera particular en el área maya, el estrato predilecto del cosmos para su utilización como pauta social es el ciclo, allí hay multitud de puntos luminosos de diferentes tamaños, intensidades, ubicaciones y movimientos. Todos ellos, sin embargo, están sometidos a la grandeza y fuerza del sol. Cuando el sol despunta por el este, los cuerpos del firmamento pierden gran parte de su luz, y sólo en la noche, habitada por el sueño, que es como la muerte, en el momento en que el astro rey atraviesa las duras pruebas del inframundo y su brillo es el de la pálida luna, los restantes *seres divinos* —y aquí hay que advertir que una estrella equivalía probablemente a una unidad social y a su antepasado fundador deificado, como las ramas o las hojas de un árbol de la vida o genealógico, trasunto imaginario y particular del árbol cósmico o *axis mundi* que en el espacio sideral podía ser la Vía Láctea (véase Freidel, Schele y Parker 1993: 76 y ss.)— pueden mostrarse con bastante viveza. El orden celeste fue, entonces, la inspiración y el modelo de la organización social clásica, modelo que se constituyó, no hay que olvidarlo, a partir de la idea que la sociedad tenía sobre sí misma desde que se inició el proceso civilizatorio en el Formativo Tardío, compleja concepción que estaba sin duda implícita ya en el urbanismo y la iconografía de sitios como Cerros, Tikal y El Mirador. Ésa es la razón de que Xibalbá, el infierno maya, un lugar nunca concebido con el temor y la repugnancia típicos de la tradición cristiana, tenga tanta importancia en la mentalidad y en la vida social antiguas, y que esté siempre presente en el arte. El rey se convirtió en el sol —y quizá esporádicamente en Venus— y los restantes cabezas de linaje se

identificaron con dioses que estaban en las estrellas. Un círculo dialéctico de conceptos y doctrinas que fue operando de modo casi independiente una vez que la civilización clásica estableció el poder despótico de las monarquías divinas como el instrumento más adaptativo para afrontar las rígidas limitaciones medioambientales.

Creo, consecuentemente con lo anterior, que en el cielo diurno y sobre todo en el nocturno (que es, poco más o menos, como si se viera el inframundo reflejado en un lejano espejo), podemos atisbar el prototipo abstracto de cómo la sociedad maya se pensaba, cómo estaba organizada. Pero no es la astronomía occidental moderna la que permite acceder a ese conocimiento, por más que a menudo resulte indispensable para orientar las pesquisas, sino la astronomía maya, que está en las inscripciones, en los mitos, en la iconografía, en los rituales religiosos, y, lo que ahora me interesa destacar, en el urbanismo y en la arquitectura. No me refiero a los edificios llamados de conmemoración astronómica, o a los que pudieron ser observatorios, aunque con frecuencia también proporcionan indicios de valor sobre la estructura social, pues son demasiado obvios en su función primaria y tal vez su significado se reduzca en ocasiones a la instrumentalización técnica y básica del paradigma celeste, es decir, a mostrar con qué regularidad y certeza los cuerpos siderales se comportan según las expectativas teóricas. Al igual que el estudio de un reloj no aporta casi nada al descubrimiento de la filosofía del tiempo de cualquier civilización humana, así las construcciones verdaderamente astronómicas de los mayas no dicen mucho de las implicaciones sociales e ideológicas del modelo cosmológico. Me refiero, por tanto, a un urbanismo que fue la proyección de la sociedad en el paisaje natural, un urbanismo que encierra en su sentido intrínseco el orden social, pues cada elemento situado en el espacio de la ciudad existe porque está relacionado con partes diferentes y estructuradas de la sociedad, con la conducta de los grupos sociales, con su identidad y la aportación que deben hacer al mantenimiento de la estabilidad global. Si el nivel cosmológico elegido por los mayas para representar la profunda diversificación de su sociedad y el lugar ocupado en ella por las instituciones de poder fue el cielo, y si la ciudad clásica obedece a un diseño determinado por la necesidad de expresar la composición y las relaciones vigentes en esa sociedad, entonces es posible deducir que la urbe maya entera es una imagen cosmológica en la que se amalgaman las nociones religiosas y sociales. Puesto que es evidente que la mayística ha obtenido escasos resultados en la investigación arqueológica de las formas políticas antiguas, del sistema de gobierno, del ejercicio del poder y de sus legitimaciones, salvo los que muy lentamente han ido surgiendo de las interpretaciones epigráficas e iconográficas, cabe sugerir una vía alternativa, la de considerar a la arquitec-

tura monumental y al urbanismo una fuente primordial de información sobre las tipologías políticas y los modelos de poder.

En la tradición del Viejo Mundo la casa del dios es un trasunto de la casa de los hombres, o sea, el dios se incorpora a la sociedad ocupando su lugar en un orden jerarquizado, habitando la casa que le corresponde por su rango, la más grande y lujosa, la que se levanta con materiales duraderos y se sitúa en el centro del asentamiento. En el área maya los hombres y el dios se emparentan y, aunque rige igualmente una severa organización jerárquica, la casa del dios es sobre todo la del padre de los seres humanos, y su figura está indisolublemente unida a la estructura social como fundador o progenitor ancestral. Por eso da la impresión de que los edificios que llamamos templos estuvieron dedicados preferentemente al *culto* de los reyes y de los linajes reales; sin embargo, deben ser a la vez auténticos templos a los dioses, y también a sus líneas de descendencia en las que se integran los gobernantes y dignatarios. Y no puede ser de otra manera porque la única vía de legitimación del orden jerárquico de la sociedad era el supuesto tipo de estratificación vigente en el «otro mundo», el de los antepasados deificados, modelo ejemplar de la organización comunal y guía de comportamiento en la diaria realidad de los vivientes. Puesto que la huella perceptible del orden ideal sobrenatural de los dioses se encontraba en el firmamento, lleno, armónico, misterioso, enorme, profundo, terrible a veces, inalcanzable, no es inadecuado calificar el sistema político territorial maya de *secuencia de constelaciones*, y la disposición de los grupos o unidades arquitectónicas en las ciudades de constelación misma. Yo pienso que el sol del día (el Cielo Alto) era el rey en su capital, y que el sol de la noche (el Cielo Bajo) era el rey como centro de su grupo parental de referencia y de sus dependencias urbanas, estrellas a su alrededor.

Los reyes del período Clásico Tardío —momento de máximo apogeo de la doctrina de la monarquía sagrada— eran los representantes *actuales* de los dioses, considerados sus padres, y por esa razón el edificio se llena con imágenes de tales señores. Un caso típico es el de los templos de Palenque, pero algo parecido sucede también en Tikal y en otros lugares. Además, puesto que el culto popular se realizaba en buena medida al aire libre, hay que pensar que «templo», en cuanto residencia del dios o recinto sagrado, es el grupo de construcciones, tal vez la ciudad toda. La división del cosmos que prevalecía en Mesoamérica reconocía un papel «celestial» al ámbito en el que vivían los seres humanos, generalmente porque la inferior de las capas intermedias en las que tenía lugar el movimiento de los astros y de las nubes, donde se dibujaban el tiempo y el cambio, donde soplaban los vientos, era la que correspondía a los que pisaban la tierra. Por ello la superficie rugosa y sólida sobre

la que se alzaban las urbes del Mayab —una planicie de la textura de la piel del cocodrilo y con la apariencia de las escamas verdosas de la corteza de la ceiba, para el pensamiento simbólico— estaba revestida categóricamente de los valores de las otras dimensiones de la realidad, el cielo y el inframundo, incluso más, ya que ahí justamente se producía el contacto, la conexión entre ambas regiones a través de las propias pirámides, o de las tumbas, vasos comunicantes por los que circulaba la sustancia vital que permitía la permanente renovación, la recreación del universo, como la savia en los troncos de los árboles mitológicos, que si bien fueron colocados en los rumbos para separar cielo y tierra eran a la vez el camino por el que se comunicaban las fuerzas de arriba y las de abajo. Esa era la grandeza y la responsabilidad de los gobernantes mayas: construir y ordenar un piso del cielo que era eslabón intermedio del paradigma cósmico, reproducir el esquema del mundo superior en una ineludible síntesis con el inferior, dirigir la armonía de su ámbito específico, por tanto, con semejantes poderes a los que detentaban los astros, los dioses de las tormentas, del viento o de la muerte.

En Oxkintok los principales grupos de edificios, levantados frecuentemente sobre una gran plataforma basal, suelen tener una o más pirámides de las que habitualmente son consideradas templos, y asimismo existen obvias asociaciones entre grupos y estelas, de modo que parece que esos monumentos hacen referencia a personajes y acontecimientos vinculados a los conjuntos arquitectónicos concretos. Mi opinión es que la ubicación relativa —dirección en la ciudad y distancia al «centro»—, dimensiones, número de edificios, cantidad y calidad de las esculturas, y, por supuesto, las características y el uso de determinados objetos que allí se encuentran, son los factores que diferencian a unos grupos de otros, por ende a las unidades sociales en ellos representadas. Los grupos se organizan en un sistema de rangos que es fiel reflejo del sistema de rangos de la sociedad urbana toda, es decir, de aquellos linajes que ocupan los papeles de especialistas funcionales, dedicados al gobierno, la administración, la religión, el comercio, la guerra, linajes que se estratifican tomando como pauta y guía la distancia a los antepasados fundadores, a los progenitores míticos.

En Oxkintok hay cinco grupos principales con pirámides destacadas. Existen varios más, pero son demasiado periféricos o de época tardía. Los conjuntos arquitectónicos clásicos (entre 350 y 750 aproximadamente) con basamentos piramidales han sido denominados *Donato Dzul*, *Dzib*, *May*, *Xanpol* y *Ah Canul*. Se distinguen también algunas pirámides aisladas, relacionadas con extensas plataformas (grupo *Chi*), con cuevas, o verdaderamente solas en apariencia, tipo de construcción que supongo representativa de la unidad social global, tanto a causa del complejo religioso particular en el que

podieron estar implicadas (cultos cosmológicos más «genéricos», como puede ser el caso del binomio pirámide-cueva en el grupo Actun Caah, y uno de cuyos mejores ejemplos sería el Satunsat o Laberinto en el suroeste del sitio) o por ser monumentos conmemorativos de carácter astronómico-cronológico o incluso histórico. Un edificio que tal vez merezca el calificativo de social por antonomasia pudo ser el juego de pelota, rito en el que seguramente estaban comprometidos los distintos segmentos de la élite de poder, pero sucede que mientras en otras ciudades esa construcción tan singular está relativamente aislada de los conjuntos arquitectónicos con templos piramidales, en Oxkintok se halla precisamente dentro de uno de los grupos, el Dzib, lo que hace pensar en una suerte de monopolio de la ceremonia por parte de uno de los linajes corporativos, el que en nuestro caso creo que se ha identificado acertadamente como el del gobernante Walas, quien, a principios del siglo VIII, debió fundir en una sola unidad las que previamente estaban conectadas con los grupos Dzib y Ah Canul (véanse los cuatro volúmenes de la serie *Oxkintok*, publicados en Madrid por la Misión Arqueológica de España en México y el Ministerio de Cultura entre 1988 y 1992, y también Rivera *et al* 1991).

Las excavaciones recientes en Oxkintok abarcaron tres de esos grupos y, aunque no se liberaron por completo de la tierra y los escombros, ahora son bastante bien conocidos. De los otros dos sólo caben en este momento conjeturas. En todos ellos la pirámide ocupa un lugar preeminente y focal, rara vez supera los 20 metros de altura incluyendo las plataformas de sustentación, y en tres grupos orienta la fachada principal al norte y en uno al sur (fig. 1). El grupo Ah Canul es especial porque tiene al menos tres pirámides colocadas casi al margen del resto de las construcciones, en torno a la gran plaza del norte que se encuentra en el borde del grupo por ese rumbo, y están orientadas al norte, al este y al oeste. Es lógico sugerir que esa desproporción: tres grupos con su pirámide-emblema dirigida hacia el norte y uno con ella orientada hacia el sur, cuatro grupos con una sola pirámide y un grupo con tres pirámides, tiene significado, es decir, que *ése* arreglo particular es significativo y no azaroso, que los mayas del sitio expresaron en la parte del diseño urbano que concierne al sector del que tratamos un mensaje social. El sentido más inmediato de tales observaciones puede desprenderse de otros hechos: el grupo Donato Dzul, el que tiene su templo orientado al sur, está en la mitad norte de la ciudad, los grupos Xanpol, Dzib y May, que tienen sus templos orientados hacia el norte, están en la mitad sur de la ciudad; el grupo Ah Canul cuenta con mayor número de estelas y dinteles labrados con personajes reales que todos los otros grupos; las tumbas con ofrendas más lujosas encontradas en Oxkintok durante las excavaciones estaban en el grupo Ah Ca-

nul; las inscripciones jeroglíficas y Series Iniciales más antiguas se encontraron igualmente en el grupo Ah Canul. Parece claro que la ciudad estuvo dividida, quizá en dos fracciones, y que la mitad del sur fue más «importante» que la del norte. Un fenómeno que en principio resulta curioso puesto que los mayas apreciaban la dirección norte como «beneficiosa» —cuando el sol estaba en el norte caían las lluvias y crecía el maíz, por ejemplo— y la dirección sur la relacionaban con el inframundo y la muerte.

El grupo Ah Canul, del que no cabe duda que era el principal de la ciudad, es el de mayor valor simbólico. En él hay un pequeño edificio situado en el lado norte de la plaza septentrional, en la que se encuentran las pirámides, clasificado con la sigla CA-3 y fechado por su estilo arquitectónico y por la cerámica asociada entre los siglos v y vi, que contenía un pavimento pintado con el diseño de una estera o *pop*. La estera es un símbolo de la realeza maya, y su presencia en CA-3 indica con claridad la relación del edificio con el sistema de poder, con los gobernantes de Oxkintok en el período Clásico Temprano y aun después. Y todavía puede aducirse otro dato muy significativo, la máscara de mosaico de jade hallada en la tumba 5 de esa construcción carece de nariz y tocado (incluyendo la parte superior de la frente), dos elementos característicos en la identificación del dios K por medio de sus atributos singulares. Puesto que el dios K es también emblema de los reyes y de su legitimidad para reinar, supuesto antecesor divino de los linajes de los que procedían los dinastas imperantes en muchas ciudades de las tierras bajas, además de una entidad sobrenatural con la que se confundían los señores difuntos —el caso más obvio es el de Pacal en el relieve de la lápida que tapaba su sarcófago en Palenque—, no parece irrelevante señalar la posibilidad de que los fragmentos faltantes de la máscara de la tumba 5 sean los que daban a esa pieza la identidad del dios K, que hubieran sido conservados ritualmente por los deudos del muerto o por los sacerdotes de la ciudad para su veneración o como recuerdo del personaje allí enterrado. Claro es que cabe igualmente sugerir que esos elementos fueron hechos de madera u otro material perecedero que ha desaparecido con el tiempo, aunque tal cosa no se aviene del todo con la información que existe sobre las restantes máscaras mortuorias descubiertas, pues en ellas el rostro fue ejecutado con piedras y conchas, a juzgar por las pacientes reconstrucciones efectuadas con los componentes de los respectivos mosaicos. Los dioses G y K parecen ser los predominantes en el proceso de transfiguración de los gobernantes mayas, y ambos tienen un indudable valor cosmológico, el dios G es el Sol, Kinich Ahau, y el dios K es el cielo de las tormentas y los rayos, el fuego de origen celestial, Kauil; acabo de mencionar la homologación de Pacal con el dios K según la interpretación de la lápida del Templo de las Inscripciones, al menos en lo que el dios K repre-

senta ahí de origen de los linajes reales por ser una de las potencias cosmogónicas básicas, equivalente al Gucumatz del Popol Vuh, y del dios G basta con decir que numerosos autores aceptan hoy que la imagen del difunto rey Nariz Rizada en la parte superior de la estela 31 de Tikal es su apoteosis solar (Miller y Taube 1993: 106). Por ello, siguiendo con mi hipotética argumentación, puedo sugerir que el edificio CA-3 fue una especie de panteón para algunos miembros del linaje real de Oxkintok, los jefes o decanos genealógicos del cual debieron ser depositados igualmente, a partir del siglo vi, en la pirámide que se alza justamente enfrente, al otro lado de la plaza, de acuerdo más o menos con la pauta que se manifiesta en la estructura piramidal MA-1 del grupo May, levantada en la misma época (*cf.* Fernández 1993). Jade, concha y espina (vegetal o de mantarraya) son insignias del poder, el triple símbolo persistente en las ofrendas y la iconografía, y esas tres cosas están presentes en el modesto CA-3 junto a la máscara funeraria de mosaico y el pavimento de estuco con la pintura *pop*. Podemos concluir que en *ése* sector de *ése* grupo Ah Canul iniciaban los gobernantes su viaje de ultratumba y que tal viaje se desarrollaba en un eje norte-sur (o sea, arriba-abajo según el modelo maya de correlaciones direccionales), puesto que CA-3 está en el lado norte de la plaza septentrional y la pirámide CA-12 en el lado sur. Un eje, por cierto, desviado más de 15° al este durante la fase Ichpa del Clásico Temprano (300-530 d.C. aproximadamente), a juzgar por las crujiás de CA-3, y que se endereza bastante hacia el norte magnético en la fase siguiente Noheb I (530-630 aproximadamente; sobre las fases de la secuencia arqueológica de Oxkintok véase Rivera 1993c), que es cuando se erigen en la plaza septentrional los templos sobre grandes basamentos piramidales, aunque esos cambios direccionales no ocurren en otros grupos de la ciudad como el May, donde todos los edificios representativos del Clásico Temprano alinean sus muros, casi sin desviación, con el norte magnético, verdadero patrón de los arquitectos que diseñaron sucesivamente el espacio construido ahí, puesto que se mantiene casi sin diferencias para las ampliaciones, remodelaciones y nuevas estructuras hasta el siglo ix. En el plano general del sitio, no obstante, los grupos que se inclinan más hacia el este en su conjunto son el Donato Dzul y el Xanpol, ambos presumiblemente trazados en la fase Ichpa, si bien las reformas sufridas por las construcciones han sido tantas y tan variadas que es casi imposible hacer observaciones seguras de esta clase. Recordemos, además, que el grupo Ah Canul se encuentra localizado en la parte sur de la ciudad, con la mayoría de las fachadas de sus construcciones datables entre los siglos iv y vii abiertas al norte o al sur. Con la ligera modificación del eje norte-sur hacia el oeste en el grupo Ah Canul, mejor dicho, en el sector dedicado al culto dinástico del grupo Ah Canul, —si es que las mediciones de los

topógrafos en los enormes montículos todavía sin excavar pueden considerarse correctas—, modificación coincidente con la inauguración de la fase Noheb I en los comienzos del siglo vi, se expresa uno de los cambios introducidos por las gentes que gobiernan el sitio en esa fase, aunque la innovación principal será precisamente la construcción de las pirámides para sustituir a los mucho más reducidos templos anteriores. No obstante, la verdadera transformación en los vínculos cosmológicos de las élites de la ciudad se producirá ya en el siglo viii cuando empieza a darse la misma importancia al eje este-oeste en la orientación de las fachadas de acceso a los edificios, lo que irá acompañado de la interrupción definitiva de la costumbre de levantar santuarios en la cima de empinados basamentos escalonados de hasta 20 metros de altura.

Con respecto a la significación de las direcciones de los ejes de los edificios, y el valor que ese rasgo tiene para el estudio de las implicaciones cosmológicas de la traza urbana, no resulta ocioso sugerir que los distintos grupos sociales pudieron dar preferencia a las orientaciones de los grupos arquitectónicos en los que estaban representados que mejor reflejaran sus vínculos estelares y las ideas cosmológicas que afectaban a la parcialidad. También creemos fundamental mencionar los mitos y creencias que hoy conservan los indígenas de la región en cuanto se refieren a la posición de los espacios particularmente sagrados en Oxkintok (véase, por ejemplo, Amador 1989 y 1993; y Rivera 1993b). La conexión del sol con el Satunsat tiene que ver con las ideas en torno a la muerte y el renacimiento, y ese sol es por tanto el del inframundo, el sol que penetra en el interior de la tierra por el oeste, y consecuentemente la fachada del Satunsat está orientada al oeste, lo mismo que los tragaluces por los que entran los rayos del sol hasta lo más recóndito del edificio en los equinoccios; el mito etnográfico del origen de la antigua ciudad pone en evidencia tales relaciones. En el mito narrado por el sabio maya Donato Dzul, que habita la comunidad de Maxcanú en las cercanías de Oxkintok, el héroe protagonista, que personifica al astro luminoso, hace un itinerario que le lleva del grupo arqueológico Entzil al Satunsat o Laberinto, es decir, una línea que coincide bastante bien con el eje norte-sur en la variante de la inclinación al este típica del Clásico Temprano. Puede decirse que por Entzil *casi* sale el sol en los períodos equinociales, y que en el Satunsat entran profundamente sus rayos durante ese mismo tiempo, lo que tal vez deba interpretarse como una referencia mitológica moderna a la trayectoria solar en la época inmediatamente anterior a la estación de las lluvias, cuando se produce el renacimiento de la vida natural en la península de Yucatán. Es mi opinión que el papel representado por el humilde Cham Tzim en el mito de Maxcanú (Amador 1989) es muy semejante al que cumplían

los gobernantes prehispánicos, que también recorrían el Laberinto, como el dios Sol, para extraer de su vuelta a la vida el poder genésico que se traduciría en las aguas fecundadoras y en las abundantes cosechas. El eje norte-sur es el que sigue Kinich Ahau para marcar convenientemente y a su debido tiempo el tránsito de una estación a otra, es el eje de los equinoccios y de los solsticios, de los inviernos y de los veranos, de la época de secas y de la época de lluvias, de la muerte y de la vida.

Además, los mayas contemporáneos piensan que en cierto momento de la primavera, no lejos del equinoccio, en el día de Viernes Santo, para ser exactos, ocurren extraños fenómenos en las ruinas de Oxkintok. Se aparecen los «antiguos», se oyen músicas y ruidos, y gritos animales, en ciertos grupos de edificios; Ascensión Amador ha interpretado esos sucesos como la consecuencia de la muerte del Sol-Jesucristo, que está en el inframundo, en los infiernos —en el interior del Satunsat, diría yo—, hasta el amanecer del siguiente día. Pero lo que ahora llama nuestra atención es que los extraños prodigios acaecen principalmente en dos puntos de la ciudad, los grupos Entzil y Xanpol, que junto con el Satunsat constituyen los lugares con más carga de sacralidad del sitio para los nativos. Pues bien, de nuevo Entzil y Xanpol están enfrentados en el eje norte-sur característico de los primeros siglos de la historia clásica de Oxkintok. Otros acontecimientos sorprendentes ocurren por la noche, o cuando el sol está situado en el cenit o en el nadir, es decir, en los instantes en que el astro rey pasa por el mundo inferior u ocupa los extremos del eje arriba-abajo. La importancia de la dirección solar anual parece evidente, por tanto, lo mismo en el diseño prehispánico de la urbe que en las tradiciones religiosas relacionadas con las áreas de ruinas que aún mantienen los mayas de la zona, y puede decirse seguramente que las segundas son lejano resultado del primero y de lo que ese plan de construcción y urbanización significó en su momento.

La interpretación de otro rasgo fundamental viene a sumarse a los indicios que he venido discutiendo. En el centro de la ciudad aproximadamente, en medio del tan citado eje norte-sur que ordena la distribución de las edificaciones, se halla el juego de pelota, cuya cancha está dispuesta para que un equipo de jugadores ocupara la parte norte y otro la parte sur. Por eso me inclino a creer que aquí el juego, además del sentido ritual de conservación del universo, es expresión y mecanismo regulador de las interacciones sociales básicas de una sociedad dualista organizada en mitades. Tanto si se relaciona el juego de pelota con Venus, que se desdobra en estrella de la mañana y estrella de la tarde, como si se vincula a las dos partes del cosmos, el cielo y el inframundo, o al sol en sus manifestaciones diurna y nocturna, la pugna de dos mitades opuestas es obvia, y el valor social de tales asignaciones también.

Algunos vasos de estilo Chocholá muestran a uno de los gobernantes de Oxkintok, el llamado Walas, con atuendo de jugador de pelota, lo que no es nada nuevo porque en muchos lugares de las Tierras Bajas mayas los reyes fueron representados con tan honorable vestimenta; es decir, en el enfrentamiento entre aquellas fuerzas cosmológicas, del que los mitos extraen la sagrada energía necesaria para la recreación y renovación o mantenimiento del mundo, los señores que rigen la colectividad son participantes de pleno derecho, actores insustituibles. El drama original de la creación se actualiza en el rito del juego de pelota, y los reyes son los máximos oficiantes, en ellos descansa pues la perdurabilidad de la vida: son las ceibas que separan y enlazan el cielo y la tierra, según se nos muestra en las estelas (*tetun*, los «árboles de piedra») donde son representados en majestad, o en tantas otras escenas del arte escultórico (Linda Schele 1992: 154-155, ha mostrado convincentemente la conexión entre los reyes y las ceibas), son a la vez y por eso mismo la potencia y el impulso de la unión de esas regiones cósmicas en una lucha que, como el acto sexual, produce el perpetuo nacimiento, la prolongación de lo creado.

En resumen, la mitad sur de la ciudad de Oxkintok es, por el análisis de sus construcciones y el valor simbólico que se les atribuye, predominante sobre la mitad norte. No cabe duda que los reyes pertenecieron durante casi todo el período Clásico a la mitad sur y que estuvieron íntimamente ligados al grupo Ah Canul*. Pero la dirección sur es la del inframundo y uno puede esperar que los gobernantes del sitio exhibieran entonces una relación privilegiada con los dioses de esa región cósmica. En efecto, también en los vasos Chocholá donde se representó al rey Walas (cf. García 1992) se ve a este personaje con el tocado o sombrero de plumas que porta habitualmente el dios L, a quien todos los autores reconocen como uno de los señores del mundo de abajo. Aunque el reinado de Walas pertenece muy probablemente a los comienzos de la fase Ukmul (ca. 710 de nuestra Era) del Clásico Tardío, no dudaría en afirmar que mantiene la norma vigente por lo menos desde el siglo V en lo tocante a la identificación del linaje gobernante con la parte sur de la ciudad y con el grupo Ah Canul en concreto; de ese momento histórico es el palacio CA-7, levantado al oriente de ese grupo ya en un nuevo estilo arquitectónico, el Puuc Temprano, donde están representados en los dinteles algunos de los miembros de la nobleza entre los que pueden encontrarse los jefes de la dinastía. Si tal hipótesis es verosímil, nada impide suponer también que el sitio de Oxkintok, o una parte importante de él, estuvo

* Lo que se puede corroborar, además, con el topónimo *sakumal* que se ha leído en las suscripciones y que hace referencia seguramente al grupo Ah Canul: como *sakumal* significa «lugar de los hermanos mayores», puede señalar la residencia de las personas principales del linaje gobernante (José Miguel García Campillo, comunicación personal).

asociado simbólicamente y culturalmente al inframundo y a las divinidades de esa región cósmica, con las cuales mantuvieron los gobernantes una relación específica. Si bien de fecha probablemente posterior a la fase Ukmul, debe tenerse en cuenta asimismo el hecho de que en un cuarto de CA-7 se descubrió una estatuilla de la diosa de la tierra *Ix Chel*, con atributos de muerte muy parecidos a los que muestran en sus atavíos las estremecedoras matronas nahuas que presiden el abismo telúrico (Rivera 1989). En cualquier caso, todo ello no se podrá verificar convenientemente hasta que se realicen excavaciones en el grupo Donato Dzúl y en otros puntos cruciales de la ciudad.

A finales del período Clásico se construyeron varias calzadas en Oxkintok, una de ellas conectaba directamente el grupo Ah Canul con el grupo Dzib, lo que yo interpreto como la expresión de que los gobernantes estaban directamente implicados en el ritual del juego de pelota. Las orientaciones por las que se dirigen las calzadas entre conjuntos arquitectónicos, generalmente con ligeras desviaciones de los rumbos cardinales, hacen pensar de nuevo en la importancia del patrón de movimiento solar como inspiración de lo que tal vez se pudiera llamar geomancia política. Es claro que si el rey salía del grupo Ah Canul para dirigirse por el sacbé a la plaza noreste del grupo Dzib, donde tal vez iba a jugar a la pelota, seguía una trayectoria este-oeste semejante a la del sol por el firmamento, para penetrar quizá finalmente en un terreno de juego que los mitos del *Popol Vuh* sitúan precisamente en el inframundo, o sea, en el oeste por cuyo rumbo el astro se zambulle cada atardecer en Xibalbá. Ese espacio sagrado es colindante en Oxkintok con el Laberinto, del que no tengo ninguna duda de que representa también, aunque seguramente de otra manera y con otras finalidades, el reino de las tinieblas y de la muerte.

Siguiendo con el argumento, pues, habría que reconocer que del grupo Dzib, que contiene el juego de pelota, hacia el sur todo era considerado territorio del inframundo. Que los grupos de personas vinculados a los grupos arquitectónicos Ah Canul, May y Xanpol tenían alguna clase de identificación sociorreligiosa con poderes sobrenaturales ligados a su vez a esa región del cosmos y a sus consecuentes significaciones. Por desgracia, el registro arqueológico, considerado a la manera tradicional, no aporta información sustantiva al respecto. Sólo con datos indirectos podemos apuntalar dificultosamente esa hipótesis: la ubicación del Satunsat en una enrucijada entre Xanpol, Dzib y May; el que la subestructura de MA-1 en el grupo May —en la cual, por cierto, se encontró un jeroglífico que se interpreta como el título principal de los gobernantes— tenga también aparentemente carácter laberíntico; los hallazgos en CA-7, entre ellos los relieves que vinculan a este edificio con el linaje real, y el aire de alta especialización funeraria de CA-3; la propia simbología cosmológica del juego de pelota, etcétera.

En resumen, mi opinión es que la ciudad maya, aunque quizá únicamente en ciertas zonas del Mayab y en determinadas épocas, fue trazada según un modelo de los cielos (diurno y nocturno, es decir, de arriba y de abajo) que descansaba en las elaboraciones ideológicas de los practicadores religiosos, y que variaba en función de las filiaciones particulares de las unidades sociales predominantes. Ancestros de los linajes gobernantes, antepasados fundadores de la comunidad toda, dioses patronos de grupos corporativos emparentados, y viejos y grandes demiurgos procedentes del tronco de la tradición mesoamericana y que explicaban en el más elevado grado de abstracción los procesos creadores y renovadores del mundo y de la vida, eran el objeto de los cultos que las distintas unidades sociales llevaban a cabo en sus respectivos espacios sagrados urbanos en los que se encontraban representados, espacios que reproducían simbólicamente, insisto, el cosmos donde aquellas potencias se desenvolvían y actuaban. Esa es la vía interpretativa que creo coherente con los materiales de las excavaciones arqueológicas y con el sistema de creencias que se infiere parcialmente de ellos, esas creencias que recogen con bastante desorden y graves lagunas las fuentes coloniales, y que atesoran aún, fragmentadas y muy adulteradas, los ancianos, los rezadores, los brujos y los *menes* de los pueblos.

El rey que sostiene en los relieves la barra ceremonial, emblema del cielo, es el sol que se muestra en la ciudad celestial a través de sus obras, que son el tiempo y el espacio (es decir, el mundo), la vida y la fertilidad, la muerte y el renacimiento. Direcciones, ejes, volúmenes, ubicaciones, vanos de los edificios, están pensados a partir del esquema de comportamiento del sol, por tanto hablan del rey y de su naturaleza, y de la naturaleza y legitimidad del poder que ejerce. El grupo de estructuras de Oxkintok donde mejor se comprueban esas posibilidades de proyección solar y cosmológica es el Ah Canul. Allí, y en los alrededores, arquitectura y escultura se combinan para ofrecer la imagen de la magnificencia universal del gobernante, de sus nexos con los dioses sol del día y sol de la noche.

La ciudad maya, y por supuesto Oxkintok, estaba en permanente remodelación. Los mayas eran algo más que buenos constructores, estaban obsesionados con la construcción. Junto a los edificios recién levantados se erguían pronto otros, y se emprendían constantemente trabajos de ampliación, reforma o demolición. Muy pocos investigadores se han preguntado la causa de lo que se antoja una tensión permanente, compulsiva incluso, en la edificación de ciudades. Y no parece que exista respuesta convincente a esta cuestión fundamental si no es reconociendo que en esas obras se ponía en juego la supervivencia de la sociedad y la viabilidad del tipo de organización social vigente desde finales del período Formativo. Integración, cohesión, identidad, estabilidad, esos son los conceptos que tienen que estar en el ori-

gen de los motivos de tan febril actividad constructiva. Y dado que poseemos numerosas pruebas de que el punto de polarización de las acciones conducentes a tan necesarios objetivos se encontraba en la figura del rey, que era representado, glorificado, albergado y enterrado en las más impresionantes de esas construcciones, no queda otro camino que reconocer que la ideología maya trabajaba para que el rey tuviera toda la cobertura religiosa que las circunstancias exigían. Ideología y religión estuvieron centradas, pues, en el más expeditivo de los procedimientos de sacralización o deificación de la persona y el empleo del gobernante, el de hacerle *centro* del cosmos y motor de su devenir. Cada rey, entonces, una vez entronizado tenía que actuar como los creadores y formadores, *haciendo* nuevamente la ciudad, que era su mundo, el reflejo del universo, la proyección del cosmos. Levantaba un templo-montaña, es decir, un universo en sí, con fines preferentemente fúnebres, porque allí se encerraba con la forma de una tumba el destino «cósmico» de su espíritu, y para hablar con los poderes de arriba y de abajo entre los que estaban sus ancestros, pero también palacios, casas que eran *microcosmos*, plataformas, trazaba plazas (otra representación del mundo), y dejaba su huella en el juego de pelota, un espacio nuevamente universal en el que se dirimía la continuación de lo creado. El rey era la ceiba que sostenía los cielos, el sol viajero, el «árbol de piedra» que jalonaba el tiempo y extendía su sombra alargada sobre la tierra, el *axis mundi*, el habitante de la noche del inframundo en la oscuridad de las lujosas sepulturas. Política, arquitectura y religión confluyen en su persona. Todo remite en él al cosmos en que la sociedad se mira.

BIBLIOGRAFÍA

AMADOR NARANJO, Ascensión

1989 «El origen del mundo en Oxkintok», *Oxkintok 2*: 157-171, Misión Arqueológica de España en México, Madrid.

1993 «La desaparición del sol en Yucatán», comunicación presentada a la IV Mesa Redonda de la Sociedad Española de Estudios Mayas, Madrid.

FERNÁNDEZ MARQUÍNEZ, Yolanda

1993 *Excavaciones en el Grupo May, Oxkintok, Yucatán, México*, Universidad Complutense de Madrid: Servicio de Reprografía, Madrid.

FREIDEL, David, Linda SCHELE y Joy PARKER

1993 *Maya Cosmos. Three Thousand Years on the Shaman's Path*, William Morrow Co., Nueva York.

GARCÍA CAMPILLO, José Miguel

1992 «Informe epigráfico sobre Oxkintok y la cerámica Chocholá», *Oxkintok 4*: 185-200, Misión Arqueológica de España en México, Madrid.

MILLER, Mary y Karl TAUBE

- 1993 *The Gods and Symbols of Ancient Mexico and the Maya*, Thames and Hudson, Londres.

RIVERA DORADO, Miguel

- 1989 «Una estatuilla de Ix Chel en Oxkintok», *Oxkintok* 2: 121-126, Misión Arqueológica de España en México, Madrid.
- 1991 Society and Ideology: Comments on Oxkintok, *Human Mosaic*, vol. 25, nº 1-2: 52-65, Tulane University, Nueva Orleans.
- 1993a «Indicios del sistema de poder en la ciudad de Oxkintok», comunicación presentada en el simposio *Emergence and Change in Early Urban Societies* del XIII Congreso Internacional de Ciencias Antropológicas y Etnológicas, México.
- 1993b «La mirada maya sobre las huellas de los antepasados», *Historia y Fuente Oral*, nº 9: 91-102, Barcelona.
- 1993c «Algunas precisiones sobre la arqueología de Oxkintok, Yucatán», en: *Perspectivas Antropológicas en el Mundo Maya*, pp. 213-224, Sociedad Española de Estudios Mayas, Madrid.

RIVERA DORADO, Miguel *et al.*

- 1991 *Oxkintok, una ciudad maya de Yucatán*, Misión Arqueológica de España en México y Comisión Quinto Centenario, Madrid.

SCHELE, Linda

- 1992 *La Creación Maya*, Cuaderno para el Taller sobre la Escritura Jeroglífica Maya, Institute of Latin American Studies, University of Texas, Austin.